



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPELEl Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 17 DE FEBRERO DE 2019

Olga de León / Carlos Alejandro

Concierto de fantasmas

LA SALA DE CONCIERTOS

CARLOS ALEJANDRO

Después de haber estado llena la sala, la gente comenzó a mirarse atónita, como cuando uno encuentra un bicho raro encima de la cama. Algunos asistentes se levantaron y comenzaron a salir mientras el pianista aún interpretaba una obra del período barroco. Aquel tocaba utilizando el pedal de resonancia del piano, y lo que lograba no era una expresión clara, sino más bien una embarradura de notas que se escuchaba como un litro de aguas negras bañando el mosaico blanco de la sala de conciertos.

La madre del pianista se mordía las uñas. Ella no sabía mucho de música clásica, pero era evidente que el flujo de notas no corría con la confianza de quien sabe a dónde se dirige. Los únicos seguros de sí mismos, eran quienes abandonaban el concierto.

El pianista había vuelto al instrumento apenas un año atrás, luego de media década de abandono. La decisión de dejarlo la había tomado luego de su concierto y debut en la Sala Manuel M. Ponce, cuando al iniciar la segunda obra de la noche, una Sonata de Mozart, quedó petrificado cuando tocaba el puente entre temas. Olvidó la música y sus dedos se quedaron quietos encima de las teclas. Luego dejó caer los brazos y al paso de algunos segundos, comenzó la pieza de nuevo. Pero una vez más, al llegar al puente, olvidó las notas de la pieza.

Ahora, un quinquenio después, en la misma sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el pianista interpretaba a Bach, con el pie bien puesto sobre el pedal de resonancia, sin levantarlo, embarrando todas las notas, por si acaso sus dedos dejaban de moverse, para que el sonido continuara como eco, viajando a lo largo de la sala.

Y aunque estéticamente, la ejecución era precisamente eso: una ejecución criminal, un asesinato de la música escrita por Bach en la partitura, alcanzaba a distinguirse una ligera sonrisa en el rostro del pianista. Tocaba con los ojos cerrados, sin ver lo que sucedía en las butacas de la sala, pero pensando en un teatro griego que se viene abajo por un derumbe, donde los actores siguen interpretando Edipo Rey, sin importar que están poniendo en riesgo su vida.

Con el metrónomo mental en ciento treinta y dos negras por minuto, las notas seguían fluyendo como mercancías viajando aguas abajo, de un proceso productivo al siguiente dentro de una cadena de valor.

El pianista llegó a mitad de la pieza y decidió intentar algo valeroso: retirar el pie momentáneamente del pedal de resonancia, tan solo por dos segundos, y el embarradero de notas cesó un instante. Algunos de los asistentes detuvieron su paso apresurado hacia la salida; pero entonces el pianista volvió a empujar el pedal de resonancia y las notas embadurnadas volvieron a escucharse. Media sala se encontraba ya vacía, y los que quedaban continuaron desalojando el lugar.

El pianista se mantuvo tocando la obra con los ojos cerrados, sintiendo las teclas en sus dedos como las columnas del Partenón, como si dominara el templo del lenguaje musical. Y entonces volvió a intentarlo: retiró el pie del pedal de resonancia durante cuatro segundos. Algunos asistentes percibieron la lucha que el intérprete libraba en su interior,



tan sofisticada como la producción manufacturera de clavos o el alunizaje de una nave espacial.

Luego volvió a intentarlo durante ocho segundos. En ese momento se sintió confiado. Se imaginó tocando el final de la obra sin el pedal; y así fue, así se escuchó la interpretación durante los últimos dieciséis compases: clara como el agua del mar de Cancún.

El pianista llegó entonces al último acorde, en sol mayor. Fue para él como haber concluido un maratón de 42 kilómetros, o como si hubiese atravesado el océano atlántico nadando. Tocó el acorde y dejó que las gotas de sudor siguieran resbalando por su rostro. Mantuvo los dedos quietos sobre las teclas durante cuatro tiempos, escuchando cómo el sonido se apagaba lentamente, como un barco que desaparece en altamar. Abrió los ojos esperando la ovación, se levantó del taburete y giró su cuerpo hacia las butacas: las encontró vacías: solo su madre aplaudía desde la primera fila, entusiasta ante la hazaña.

UN HOMBRECITO EN EL RINCÓN
OLGA DE LEÓN

Después de haber estado llena la sala, esa tarde -en menos de lo que se podía pensar- quedó vacía: todos salieron corriendo, despavoridos. Como estampida de toros en alguna callejoneada.

...Y no fue para menos, el miedo los invadió al ver lo que sucedía en derredor de quien era el motivo de que se hubiesen reunido allí.

Ese espectáculo me recordó otro vivido muchos años antes, casi treinta, en Francia, por el centro de Avignon, justamente en la rue Thiers... Cuando en efecto, con motivo de la locura de la fiesta brava y las costumbres de la región, soltaron varios toros que embestían a quienes se cruzaban en su camino. Y, ahí estamos todos corriendo y trepando

sobre el capicote o el cofre de los autos estacionados, a fin de ponernos a buen resguardo de una cornada. Nadie de la familia que habíamos ido de vacaciones, con quienes por entonces allá vivían, nadie salimos lastimados. Con Javi de menos de un año, su papá subió rápidamente -no sin antes ayudar a la mamá- hasta el capicote de un auto, mientras nos instaba a los demás a que hiciéramos lo mismo. Luego, de unos días, pasado el susto, entre nervios y risas recordáramos esa aventura.

Qué cosas transitan por la mente y la memoria, aparentemente sin conexión. Y no será de esto, de lo que hoy hablaré ni como relato ni como ficción. No, en otra ocasión lo haré, que ese evento merece mención aparte y un buen cuento dedicado solo a esos momentos maravillosos.

Pero, pues sí, Alessandra ahora lo recordaba, después de cuarenta años, cuando una de las hermanas de su padre recién había muerto. Pensaba en la casa de las tías, y en que lo que más le gustaba de esa finca, era su patio. Ella había vivido parte de la infancia y la adolescencia con ellas, las tías solteras: las que adoraban a sus sobrinos. Quizás a falta de hijos, en ellos veían la alegría que no pudieron tener por propia gestación.

Las emociones y sentimientos -a pesar del tiempo transcurrido- se agolpaban en su cabeza, mientras que el miedo, más por contagio de los demás que realmente por sentimiento nacido libremente en ella, iba recorriendo su cuerpo de la cabeza a los pies. Sí, también ella, Alessandra, vio lo mismo que a todos los hizo salir espantados; y aunque ella no pudiera explicarse por qué, en realidad, no se asustó.

¿A qué se debe que la gente sienta miedo de los muertos? Si no están vivos, nada pueden hacer, nada más de lo

que hicieron vivos. Con ese axioma en su cabeza, se fue acercando, en lugar de retirarse: regresó a la sala. La tía -a quien velaban- se había levantado, sentándose en el lecho mortuario en el que había permanecido acostada, e indicó con el índice de su mano derecha hacia un rincón de la sala. Allí estaba, sentado en silencio, un hombre de mediana estatura y rostro apacible. Lo extraordinario del caso, además de que se incorporara la que suponían muerta, era que nadie vio a ese hombre: nadie. Salvo la muerta recién incorporada y erguida en medio cuerpo... Y yo, que me encontraba cerca de él.

La gente salió de la sala, desfavorida. No daban crédito a que la mujer no estuviera muerta. En lugar de alegrarse de que así fuera, de que la tía más consentidora del mundo siguiera con vida, se espantaron y quisieron huir. Cómo puede ser real, un hecho del mundo de los vivos, se preguntaba Alessandra. Una vez que pudo controlar su miedo, sí, el que sentía más por contagio de los demás que por ella misma, se acercó hasta la tía -esa tía tan querida en vida- y le dijo:

Te amo, tía, siempre te hemos querido mucho todos tus sobrinos... quizás, yo más que todos. Así fue como, por fin, la tía o su espíritu descansó: la muerta volvió a recostarse y el hombrecito en el rincón desapareció.

Alessandra divulgó lo que vio y vivió cuando todos salieron corriendo del velorio. Surgió entonces la leyenda del enamorado. Se dijo que el lugar era mágico, y que en él es posible revivir o morir, por amor. Todo depende de si alguien se fue en pena, por haber dejado sola a su amada. El hombrecito en el rincón era un fantasma fiel al amor. Volvió del más allá para llevársela y vivir, ¡eternamente juntos!

Gustavo Adolfo
Bécquer

Junto con Rosalía de Castro, es el máximo representante de la poesía posromántica, tendencia que tuvo como rasgos distintivos la temática intimista y una aparente sencillez expresiva, alejada de la retórica vehemencia del romanticismo.

La obra de Bécquer ejerció un fuerte influjo en figuras posteriores como Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y los poetas de la generación del 27, y la crítica lo juzga el iniciador de la poesía española contemporánea. Pero más que un gran nombre de la historia literaria, Bécquer es sobre todo un poeta vivo, popular en todos los sentidos de la palabra, cuyos versos, de conmovida voz y alada belleza, han gozado y siguen gozando de la predilección de millones de lectores.

Hijo y hermano de pintores, quedó huérfano a los diez años y vivió su infancia y su adolescencia en Sevilla, donde estudió humanidades y pintura. En 1854 se trasladó a Madrid, con la intención de hacer carrera literaria.

Durante una estancia en Sevilla en 1858, estuvo nueve meses en cama a causa de una enfermedad; probablemente se trataba de tuberculosis, aunque algunos biógrafos se decantan por la sífilis. Durante la convalecencia, en la que fue cuidado por su hermano Valeriano, publicó su primera leyenda, El caudillo de las manos rojas, y conoció a Julia Espín, según ciertos críticos la musa de algunas de sus Rimas, aunque durante mucho tiempo se creyó erróneamente que se trataba de Elisa Guillén, con quien el poeta habría mantenido relaciones hasta que ella lo abandonó en 1860, y que habría inspirado las composiciones más amargas del poeta.

La etapa más fructífera de su carrera fue de 1861 a 1865, años en los que compuso la mayor parte de sus Leyendas, escribió crónicas periodísticas y redactó las Cartas literarias a una mujer, donde expone sus teorías sobre la poesía y el amor. Una temporada que pasó en el monasterio de Veruela en 1864 le inspiró Cartas desde mi celda, un conjunto de hermosas descripciones paisajísticas.

Económicamente las cosas mejoraron para el poeta a partir de 1866, año en que obtuvo el empleo de censor oficial de novelas, lo cual le permitió dejar sus crónicas periodísticas y concentrarse en sus Leyendas y sus Rimas, publicadas en parte en el semanario El museo universal. Pero con la revolución de 1868, el poeta perdió su trabajo, y su esposa lo abandonó ese mismo año.

Se trasladó entonces a Toledo con su hermano Valeriano, y allí acabó de reconstruir el manuscrito de las Rimas, cuyo primer original había desaparecido cuando su casa fue saqueada durante la revolución septembrina. De nuevo en Madrid, fue nombrado director de la revista La Ilustración de Madrid, en la que también trabajó su hermano como dibujante. El fallecimiento de éste, en septiembre de 1870, deprimió extraordinariamente al poeta, quien, presintiendo su propia muerte, entregó a su amigo Narciso Campillo sus originales para que se hiciera cargo de ellos tras su óbito, que ocurriría tres meses después del de Valeriano.

ad pedem literae

"El recuerdo que deja un libro es más importante que el libro mismo."

Gustavo Adolfo Bécquer

Letras de
buen humor

"Todos nacemos locos. Algunos continúan así siempre."

Samuel Beckett



dos almuerzos a las tres, hora en que nuestros vecinos europeos empiezan a recoger el lápiz.

Antes, los programas de humor rayaban la medianoche, mientras que en la actualidad han avanzado el reloj para contribuir a la laxitud. Aunque vivamos esclavizados por franjas horarias, cerremos los ojos ante su impacto. Cuesta entender que los días son como frutos -sostenía Bergson- para ser comidos a

nuestro antojo. Dicen que a lo largo de nuestra vida dormimos de media unos 25 años, y quienes trabajamos en oficinas pasamos cinco años sentados ¡y otros dos en reuniones! Pero nuestra relación con el tiempo sigue siendo un combate de horas que faltan. Tanto es así, que una de las fantasías más universales sigue siendo la de conseguir un tiempo sabático a medida que van quedando menos teledíarios.

Joana Bonet

Atrapatiempos

Al día hay que entrarle con ganas, como si fueras a pescar una gran merluza en lugar de un chipirón, y por ello las televisiones saludan al espectador aún bajo de cortisol y le anuncian su ración de apocalipsis diario. Se me quedaron grabadas las palabras de un artista que aconsejaba dedicarse a una tarea delicada nada más despertar, fuera escuchar a Bach o mirar el cielo, y ponía a modo de mal ejemplo al cocinero que, cuando entra en la cocina, lo primero que hace es fregar platos en lugar de soñar sabores. Teles y radios vacían a la vez cuarenta mil lavavajillas, apilan la loza y trajinan los cubiertos con la misma inclemencia del afilador de cuchillos sabatino. El ruido nacional vende.

La mañana quiere hacerse la interesante con sus hombres y mujeres del día, con la gran noticia que se repetirá cientos de veces y a la que seguiremos atendiendo por si añade algo nuevo, aunque al atardecer ya será puro desecho. Pasadas las diez hay que alternar la política con la actualidad del suceso, pinchar el hígado,

indignar hasta aterrorizar. Muertos lentos o rápidos, da igual, algunos son más mediáticos que otros, más vulnerables o más insólitos. Ocorre que la información espectáculo tiene sus picos de mayor consumo, igual que el marisco, sobre todo cuando su fin consiste en untarnos el paladar con palabras que provocarán indignaciones por su alta toxicidad. Se engorda el morbo y se amplía la nada informativa, igual que los chicles que han perdido el sabor pero se siguen masticando. Los cotilleos entran como un tiro a la hora del aperitivo, de la misma forma que el exceso, sea violento o porno, se reserva para la noche. Series y documentales están escritos para la sobremesa, calculando incluso su efecto de mecedora.

¿Cuántas generaciones comimos y cenamos con las noticias a tutiplén? Sí, ante las imágenes de hambrunas africanas, políticos feísimos o camiones volcados. Muchos españoles siguen rigiéndose por el horario de los teledíarios, una tradición que perpetúa estupen-